

EL ESTUDIO DE LA POESÍA DESDE UNA PERSPECTIVA COGNITIVA: PANORAMA Y PROPUESTA

ÁNGEL LUIS LUJÁN ATIENZA
Instituto de la Lengua Española. CSIC

RESUMEN

Este artículo pretende ser una revisión de la aplicación de la perspectiva cognitiva, de amplio desarrollo en psicología y en antropología, al estudio de la literatura y en concreto al género de la poesía lírica. Este tipo de estudios se ha llevado a cabo sobre todo en el área lingüística anglo-sajona y el presente trabajo se presenta como una propuesta para introducir esta perspectiva en el ámbito hispánico. Para ello se aboga por un estudio de la lírica dentro del estudio general de la lingüística cognitiva, teniendo en cuenta siempre la teoría de la relevancia. Se pone especial acento en la capacidad de la mente humana para comprender textos a partir de informaciones puramente textuales frente al relativismo de las posturas convencionalistas que creen que el proceso de comprensión se lleva a cabo por convenciones sociales e institucionales. Un ejemplo de Góngora sirve de ilustración de cómo puede ser un acercamiento del tipo que se propone.

Palabras clave: Cognitivismo y literatura, pragmática y semántica literarias, universalismo y convencionalismo, teoría de la lírica.

ABSTRACT

This paper intends to be a survey of the cognitive science applied to literary studies, specifically to poetry. Cognitive science has been developed in the English linguistic area and this paper is an attempt to introduce this view in the Hispanic area. In my view, it is necessary to include the literary analysis in the general field of the cognitive linguistics and use the Relevance Theory. The emphasis is on the capacity of the human mind for understanding text extracting information from the textual sources, in opposition to the relativistic view. The point is illustrate with an example of Gongora.

Key words: Cognitive science and literature, literary pragmatics and semantics, universalism and conventionalism, theory of poetry.

1. LA REVOLUCIÓN COGNITIVA Y EL PROBLEMA DE LOS UNIVERSALES CULTURALES

La sacudida cognitiva ha afectado a casi todas las ramas del árbol de las ciencias humanas¹, y para certificarlo basta observar el desarrollo de la psicología cognitiva, la antropología cognitiva y la lingüística cognitiva.

¹ Puede verse a este respecto, como obra de introducción general, el libro de H. GARDNER, *La nueva ciencia de la mente*, Barcelona, Paidós, 1988.

Definir el cognitivismo es más difícil que presentar los resultados de su aplicación a las distintas disciplinas, porque no se trata de una ciencia ni de una teoría, sino más bien de una perspectiva que viene a cumplir de una manera realista el deseo de interdisciplinariedad tan en boga en la investigación actual. Resumiendo en extremo se puede decir que el cognitivismo se propone explicar las facultades cognitivas superiores del hombre (todo aquello que tiene que ver con los procesos inteligentes). La mente humana es tratada, en este contexto, como un poderoso órgano de procesamiento de información, como un ordenador. Algunos estudiosos distinguen entre una psicología cognitiva y una ciencia cognitiva en sentido estricto dependiendo de cuán lejos se lleve la comparación entre la mente y el ordenador. Para la psicología cognitiva esta metáfora no sería más que un elemento heurístico, un instrumento conceptual, y se establecería sólo funcionalmente, mientras que para la ciencia cognitiva *tout court* (y dentro de ella en especial los estudios de Inteligencia Artificial) la comparación se tomaría de manera literal².

La aplicación de esta perspectiva a las humanidades, a partir de su desarrollo en la psicología³, ha sido inmediata o casi inmediata en los campos de la antropología y de la lingüística. Sin embargo, su aprovechamiento en el estudio de la literatura no ha tomado todavía un camino definido, a pesar del número creciente de publicaciones que han ido apareciendo al respecto⁴. Muestra de que no existe todavía un consenso sobre algo que

² Manuel DE VEGA, *Introducción a la psicología cognitiva*, Madrid, Alianza Editorial, 1998, p. 32: «La versión débil establece una similitud funcional entre ambos sistemas [mente y ordenador] y utiliza el vocabulario de procesamiento, pero de un modo esencialmente instrumental. En ningún caso se pierde de vista la perspectiva psicológica, de modo que hay un esfuerzo de investigación dirigido a desvelar las peculiaridades de ese sistema de procesamiento particular que es la mente humana. La versión débil corresponde a lo que se denomina con propiedad *Psicología cognitiva* (...). La versión fuerte de la analogía considera que el ordenador es algo más que una simple herramienta conceptual. La analogía se lleva a sus últimas consecuencias. Si el ordenador y la mente humana son sistemas de propósito general, el objetivo del científico es elaborar una teoría unificada del procesamiento de información que englobe ambos sistemas (en realidad todos los sistemas de procesamiento de información del universo). Esta versión ha dado lugar a una disciplina muy pujante denominada *Ciencia cognitiva*».

³ Véase especialmente Jerome H. BARKOW, Leda COSMIDES, John TOOBY (eds.), *The Adapted Mind. Evolutionary Psychology and the Generation of Culture*, Oxford University Press, 1992.

⁴ Ellen SPOLSKY, *Gaps in Nature: Literary Interpretation and the Modular Mind*, Albany, State University of New York Press, 1993; Reuven TSUR, *Toward a Theory of Cognitive Poetics*, Amsterdam, North-Holland, 1992; Joseph CARROLL, *Evolution and Literary Theory*, Columbia, University of Missouri Press, 1995; Mark TURNER, *The Literary Mind*, New York, Oxford University Press, 1996; Brett COOKE and Frederick TURNER (eds.), *Biopoetics. Evolutionary Explorations in the Arts*, Lexington, International Conference on the Unity of the Sciences, 1999; Peter STOCKWELL, *Cognitive Poetics. An introduction*, London, Routledge, 2002; Elena SEMINO and Jonathan CULPEPER (eds.),

podiera ser una teoría de la literatura o una crítica cognitivas es el número monográfico que la revista *Poetics Today* dedica a esta cuestión bajo el título de *Literature and the cognitive revolution*⁵. Este trabajo se presenta, en principio, como una aplicación de la ciencia cognitiva al estudio de la historia literaria, aunque contiene algunos artículos de calado teórico, sobre todo en su primera parte. No obstante, el interés principal está puesto en la evolución de la cultura y el desarrollo de los esquemas culturales, lo que hace que las aportaciones aquí recogidas se decanten principalmente hacia la vertiente de los estudios culturales de tanto predicamento en nuestros días. Me centraré, por tanto, en la parte más especulativa de este volumen para realizar un somero balance de las virtudes y defectos de las propuestas aquí incluidas que sirva como una puesta al día de lo que puede o no puede ser un estudio cognitivo de la literatura.

En primer lugar, todos los trabajos recogidos parten de un rechazo frontal al relativismo imperante en la crítica literaria en las décadas anteriores, bajo las diversas variantes de la deconstrucción y las tesis exclusivamente convencionalistas. Si los primeros estudios cognitivos en psicología partían del rechazo del conductismo para defender la existencia (y la posibilidad de hablar) de fenómenos mentales, en el estudio de la cultura se parte del rechazo del escepticismo y se afirma la existencia del sentido y la posibilidad de hablar de él. Hay, en consecuencia, una defensa de la validez de los universales culturales en tanto que productos de los mecanismos que tiene la mente en contacto con el medio para procesar la información, lo que conlleva, además, una apuesta decidida por el innatismo. En esta línea es de destacar el artículo de Ellen Spolsky que marca un camino intermedio entre el universalismo y el relativismo, en el sentido de que el hecho de que el conjunto de actuaciones humanas y sus bases biológicas sean contingentes no quiere decir que no sea universal el diseño interno de funcionamiento⁶. En definitiva, lo que se viene a defender es que el hombre, como especie, posee unos mecanismos homogéneos para comprender y relacionarse con su ambiente, lo que hace que los procesos mentales sean similares entre los individuos, y esto afecta también a la manera en que se procesan los contenidos culturales.

Es la existencia de universales culturales uno de los principales escollos con que choca la perspectiva cognitiva, no sólo en literatura, sino también en antropología, pues supone abordar la investigación de fenómenos históricos y culturales, por naturaleza cambiantes (no sólo en el espacio

Cognitive Stylistics. Language and cognition in text analysis, Amsterdam / Philadelphia, John Benjamins, 2002.

⁵ *Literature and the Cognitive revolution*. Edited by Alan RICHARDSON and Francis F. STEEN. Número monográfico de *Poetics Today*, vol. 23, num.1, Spring 2002.

⁶ «Darwin and Derrida: Cognitive Literary Theory As a Species of Post-Structuralism», pp. 43-62.

sino también en el tiempo) y sometidos a revisiones y convenciones, desde un punto de vista inmanente, como estructuras permanentes de actuación. Paul Hernadi, por ejemplo, en el volumen citado, aporta un trabajo⁷ en que trata de explicar el nacimiento de los distintos géneros literarios como formas diversas de adaptación al medio, en la estela del evolucionismo tradicional; pero teorías de este tipo tienen escasa validez, en primer lugar porque son y serán siempre inverificables y, segundo, por la sencilla razón de que mientras que, en la hipótesis evolucionista, el lenguaje sí es producto de una adaptación al medio, de una evolución en sentido estricto, no lo pueden ser los géneros literarios, que se producen cuando la evolución ha dejado de actuar y la especie humana ha llegado a su desarrollo final. Los géneros literarios dependen de la evolución del lenguaje y su adaptación a diversas funciones sociales y culturales, y no de la evolución y adaptación biológica general. Dan Sperber nos advierte contra este uso indiscriminado que en ocasiones se hace de la biología para explicar el desarrollo cultural: «Por supuesto, siempre es posible elaborar una historia que sostenga que, por ejemplo, la competencia musical es una adaptación biológica. Sin embargo, tratar de suponer que un rasgo tiene un carácter adaptativo cuando no se cuenta con demostraciones al respecto es hacer un mal uso del enfoque evolucionario»⁸.

Otro ejemplo de que no siempre los universales son tales como se nos presentan nos viene dado en el artículo de Reuven Tsur en este mismo volumen⁹, cuya idea central es que constituye una norma universal en métrica el hecho de que el segundo hemistiquio o miembro de un verso sea más largo que el primero. Esta teoría explica la métrica inglesa pero no es aplicable, por ejemplo, a la española, ya que en nuestro sistema es precisamente el segundo hemistiquio (o miembro) del endecasílabo (si establecemos una cesura rítmica después del acento en sexta) más breve que el primero.

Además de esta crítica a la existencia de universales culturales y su justificación, se les achaca a los defensores de un estudio cognitivo de la literatura especialmente que usen todo el utillaje y la fraseología de la ciencia cognitiva para disfrazar fenómenos que ya se venían tratando de otra manera en el estudio de la literatura, de manera que la denominación de «cognitivo» es sólo un maquillaje para seguir haciendo lo mismo pero

⁷ «Why Is Literature: A Coevolutionary Perspective on Imaginative Worldmaking», pp. 21-42.

⁸ «La modularidad del pensamiento y la epidemiología de las representaciones» (p. 87), en Lawrence A. HIRSCHFELD y Susan A. GELMAN (comp.), *Cartografía de la mente. La especificidad de dominio en la cognición y en la cultura*, Barcelona, Gedisa, 2002, vol. 1, pp. 71-108. Este artículo fue también recogido en su libro *La contagion des idées. Théorie naturaliste de la culture*, Paris, Editions Odile Jacob, 1996.

⁹ «Some Cognitive Foundations of 'Cultural Programs'», pp. 63-89.

dándole un matiz de modernidad¹⁰. El hecho de enmascarar métodos tradicionales bajo novedosas etiquetas ha sido constante en el desarrollo de la teoría de la literatura, como nos recuerda Miguel Ángel Garrido¹¹, y la historia se encargará de desbrozar y separar lo realmente novedoso de lo camuflado como tal. Sin embargo, el debate sobre la existencia o no de universales, tiene un calado más hondo y ocupa, sin exageraciones, la actividad intelectual humana desde sus orígenes, así que considero más importante detenerme en este punto.

La argumentación en contra de supuestos universales culturales está bien basada cuando se tiene en mente artículos como el de Paul Hernadi antes citado, que han tratado de aplicar ingenuamente teorías evolutivas directas a los géneros literarios, lo que llevado a su extremo desembocaría en teorías organicistas de la literatura como las del siglo XIX. Y es que los teóricos literarios se han olvidado en muchas ocasiones de que la psicología cognitiva y, tras su estela, la antropología ya habían dado una respuesta razonable al interrogante de los universales¹², teniendo en cuenta, sin embargo, que estas teorías son más valiosas para explicar cómo se transmiten y cobran vigencia creencias, ritos o prácticas culturales (lo que Sperber

¹⁰ Véase para estas críticas el artículo final del volumen citado de *Poetics Today*: «Issues and Problems in the Blending of Cognitive Science, Evolutionary Psychology, and Literary Study», de Tony E. Jackson, pp. 161-179. Este autor ya había planteado algunas de sus dudas sobre la aplicación del cognitivismo a la literatura en otro número anterior de la revista: «Questioning Interdisciplinarity: Cognitive Science, Evolutionary Psychology, and Literary Criticism», vol. 21:2, 2000, pp. 319-347. Otra crítica aparece en el número que sigue al monográfico: *Poetics Today*, vol. 23:2, 2002: «Adjusting the Frame: Comments on Cognitivism and Literature», de Hans Adler y Sabine Gross, pp. 195-220.

¹¹ «La adopción más o menos sistemática de estrategias semiológicas en la investigación teórica y crítica de la literatura convierten la «semiótica literaria» en un dominio que casi recubre por entero (y con sus propias lindes) el de la teoría literaria *tout court*, aunque a veces no haya detrás de este cambio más que una transformación terminológica» (pág. 48), «La teoría literaria en España a partir de 1940», en *La Musa de la retórica. Problemas y métodos de la ciencia de la literatura*, Madrid, C.S.I.C., 1994, pp. 29-62. El papel que empieza a desempeñar el cognitivismo, aproximadamente a partir de la década de 1980, en los estudios literarios y culturales presenta, por lo demás, notables similitudes con el que desempeñó la semiótica en las décadas inmediatamente anteriores del mismo siglo XX. Puede considerarse el subrayado de una perspectiva reiteradamente insinuada tras el «giro pragmático». Cfr. Miguel Ángel GARRIDO, «Jakobson y la crítica literaria», en Miguel Ángel GARRIDO, T. TODOROV y otros, *La crisis de la literariedad*, Madrid, Taurus, 1987, pp. 11-25, en especial las páginas 12-13.

¹² Aquí me centraré en las propuestas complementarias de Leda Cosmides y John Tooby en el artículo inicial del volumen colectivo antes citado, *The adapted mind: «The psychological foundations of culture»*, trabajo que es condensado en el volumen también ya citado *Cartografía de la mente*; y las propuestas de Dan Sperber en el libro y el artículo antes citados.

denomina una «epidemiología de las ideas») que para dar cuenta de cómo efectivamente surgen en la mente humana¹³.

La explicación de cómo pueden existir los universales culturales pasa por reconocer la existencia en la mente humana de módulos o de mecanismos de dominio específico, que han evolucionado para dar respuesta a problemas adaptativos concretos. Para ello hay que desechar la idea, predominante hace unas décadas en las investigaciones antropológicas y psicológicas, de que la mente es un procesador general que encara problemas de todo tipo sin tener mecanismos especializados para cada tipo de problema, lo que Cosmides y Tooby denominan «Standard Social Science Model (SSSM)». Según el nuevo modelo, nuestra mente está formada por un conjunto de módulos o mecanismos psicológicos especializados en tareas determinadas que han surgido como adaptación evolutiva. Como la evolución en la especie ha sido homogénea tales procesos universales existen de la misma manera en todos los hombres, lo cual explica, además, que nuestra mente refleje propiedades objetivas del mundo, ya que la adaptación es un proceso que se produce por interrelación entre el ambiente y los procesos cognitivos internos¹⁴. Esto daría cuenta de la estabilidad y racionalidad del conocimiento en general. Pero, ¿cómo se explicaría en este contexto el nacimiento de una cultura de carácter universal? Sperber supone que hay para los módulos de la mente humana no sólo dominios específicos y efectivos, sino también dominios culturales. Así, la aparición de universales culturales se explicaría como la asunción por parte de un módulo, que ha quedado vacío del dominio específico para el que se formó evolutivamente, de un dominio cultural: «la transmisión cultural provoca, en el dominio efectivo de cualquier módulo cognitivo, una proliferación de información parásita que imita el dominio propio de un módulo»¹⁵. Lo que explicaría la existencia de la diversidad cultural en un panorama de universales culturales (o de modularidad de la mente), según Sperber, sería la existencia de un módulo metarrepresentacional o reflexivo que no computa intuiciones directas sino representaciones de representaciones. De esta manera, si los módulos directos pueden ser universales el módulo metarrepresentacional desarrolla creencias diversas en diversas culturas. Esta diversidad viene

¹³ Dejo de lado propuestas mucho más radicales como la de Susan BLACKMORE en su libro *La máquina de los memes*, Barcelona, Paidós, 2000, que habla de la expansión de las creencias en tanto que éstas son entidades replicantes en competencia con los replicantes biológicos que son los genes.

¹⁴ COSMIDES y TOOBY, *The Adapted Mind*: «Para aquellos que estudian las adaptaciones psicológicas, la estructura permanente del mundo ofrece una fuente profundamente iluminadora de conocimiento sobre la arquitectura evolucionada de la mente. Como ha expresado tan elocuentemente Shepard, ha existido la evolución de un engranaje entre los principios de la mente y las regularidades del mundo, de manera que nuestras mentes reflejan muchas propiedades del mundo» (p. 72. La traducción es mía).

¹⁵ Dan SPERBER, *Cartografía de la mente*, vol. 1, pág. 93.

explicada de una manera complementaria por Cosmides y Tooby, en el sentido de que la distinta adaptación a problemas concretos del medio provoca en cada grupo humano el desarrollo de unas u otras creencias dentro de las posibilidades que ofrece el desarrollo evolutivo de las distintas capacidades: la diferencia de cultura entre grupos humanos se deberá no a la no-existencia de universales sino al hecho de que se enfrentan a medios y problemas distintos¹⁶.

Tanto el nacimiento como la transmisión de la información y de las ideas culturales se mide por su coherencia y su adaptación a los módulos mentales creados por la evolución, de manera que el criterio último para calibrar el éxito de una representación cultural tanto en su nacimiento, es decir, ocupación de un módulo ya existente, como en su difusión es un criterio psicológico: el principio de relevancia o pertinencia¹⁷. Este principio sumamente general tiene la ventaja de poderse aplicar a todos los niveles de análisis y nos permitirá, en consecuencia, enlazar una teoría general de la formación de la cultura con mecanismos concretos del funcionamiento de la comunicación humana, como veremos.

En este marco, apenas esbozado, opino que habría que situar la discusión del nacimiento y desarrollo de la literatura. Ésta es un producto cultural, sin duda, pero tiene una relación muy directa con un módulo o dominio que procede directamente de la evolución, y en consecuencia de un

¹⁶ COSMIDES y TOOBY: «Como mínimo, tal como sostiene Sperber (1985), llegamos a la conclusión de que el postulado de la equipotencialidad, presente en la mayor parte de las teorías de la transmisión cultural (diferentes contenidos son igualmente fáciles de ser transmitidos) es falsa. Aquellas representaciones asentadas en un dominio que cuenta con mecanismos especializados se transmitirán de manera muy distinta que las representaciones que no corresponden a un dominio de este tipo (... 163). Las adaptaciones dominio-específicas abren la posibilidad de que las semejanzas dentro de un grupo (y las diferencias entre grupos) sean 'evocadas' más que socialmente aprendidas (...) Algunas adaptaciones cognitivas dominio-específicas (o todas ellas) deben de haber sido diseñadas para responder de una manera estructurada a los estímulos provenientes de las situaciones de un contexto. En consecuencia, se puede esperar que los seres humanos incluidos en grupos evidencien, como respuesta a condiciones de su contexto, semejanzas organizadas propias del grupo que no tienen su origen en el aprendizaje o la transmisión sociales sino en la activación de mecanismos que imponen ciertos contenidos» (*Cartografía de la mente*, vol. 1, p. 164).

¹⁷ Dan SPERBER: «El factor psicológico más general que afecta la distribución de la información es la compatibilidad y la correspondencia con la organización cognitiva humana. / En particular, la información relevante, cuya relevancia es independiente del contexto inmediato suele, *ceteris paribus*, alcanzar un nivel cultural de distribución: la relevancia provee la motivación necesaria tanto para almacenar como para distribuir la información, y la independencia del contexto inmediato hace que esa relevancia se mantenga, pese a los cambios de las circunstancias, en una escala social. La relevancia, sin embargo, siempre es relativa al contexto. La independencia del contexto inmediato se refiere a que la información es relevante en un contexto más amplio de creencias estables y expectativas» (*Cartografía de la mente*, pp. 92-93).

proceso adaptativo: el lenguaje. ¿Sería la literatura el dominio cultural del módulo del lenguaje, en términos de Sperber? No desde luego en el sentido de que la capacidad lingüística no ha quedado vacía de su dominio efectivo como para que sobre ese hueco se instale un dominio literario; sin embargo, no se puede negar la dependencia de lo que hoy conocemos como literatura de la capacidad lingüística, constituya ésta un módulo por sí o no, pues tampoco hay que descartar la posibilidad, apuntada por algunos autores, de que el lenguaje sea él mismo un dominio cultural y no producto directo de un proceso de adaptación. Volveré a esta pregunta cuando trate el problema de la relación de la literatura con la capacidad del lenguaje. Ahora sólo me interesa señalar aquí que está claro que distintas formas de literatura se han dado de manera universal en todas las culturas (mitos, narraciones orales, cantos celebrativos, etc.) y es muy probable que dichas formas dependan para su creación y difusión, aparte del dominio del lenguaje, también de otros dominios como el de la comprensión de ficciones o de conexiones causales (modelos de mundo, en definitiva) para la narrativa y el drama, y en el caso de la lírica puede darse, con toda probabilidad, una participación de los dominios de la apreciación musical y del ritmo¹⁸. El caso es que el nacimiento de la literatura como institución no se puede explicar por un proceso adaptativo sencillo sino como la explotación cultural de un módulo que ha surgido por el proceso evolutivo, que es el del lenguaje, y probablemente por la participación de otros dominios o módulos.

Por ello me parece fundamental una línea de investigación que indague el ser de la literatura como aprovechamiento de la capacidad lingüística. En este sentido van encaminadas las investigaciones de Mark Turner, que propone un estudio de la literatura dentro del lenguaje y éste dentro de la teoría general de la mente¹⁹. Construyendo a partir de esta base el autor

¹⁸ Postulando un proceso inverso Sperber aventura la hipótesis de que la percepción musical tenga que ver con el desarrollo del habla y la percepción de los sonidos del lenguaje humano: «El dominio propio del módulo que estamos imaginando está constituido por las propiedades acústicas de las antiguas comunicaciones orales humanas. Podría ser que este dominio propio estuviese ahora vacío: una nueva adaptación, el tracto vocal humano moderno, podría haberlo tornado obsoleto. También podría ser que esas propiedades acústicas relevantes todavía desempeñasen un papel en el habla humana moderna (en especial en las lenguas tonales) y que, por lo tanto, ese módulo siguiese siendo funcional. Los sonidos que el módulo analiza y dan placer al organismo del cual forman parte —es decir, los sonidos que reúnen las condiciones del input del módulo— no se encuentran con frecuencia en la naturaleza (salvo, claro está, en el canto de los pájaros). Sin embargo, esos sonidos se pueden producir artificialmente y, de hecho, han sido producidos dando lugar a un módulo con un dominio cultural particularmente rico: la música» (*Cartografía de la mente*, vol. 1, p. 94).

¹⁹ Mark TURNER, *Reading Minds. The Study of English in the Age of Cognitive Science*, Princeton University Press, 1991, p. 4: «La literatura vive dentro del lenguaje y el lenguaje dentro de la vida diaria. El estudio de la literatura debe vivir dentro del estudio del lenguaje, y el estudio del lenguaje dentro del estudio de la mente cotidiana» (La traducción es mía).

lleva a cabo una recuperación del ideario humanista y de la retórica clásica entendida como un cognitivismo *avant la lettre*, lo que le lleva, entre otras cosas, a defender que no hay un corte entre lenguaje común y lenguaje literario, entre pensamiento lógico y pensamiento poético²⁰. Esta renovada retórica cognitiva propuesta por Turner debería explicar, a todos los niveles, cómo el lenguaje refleja procesos cognitivos básicos, es decir, cómo funciona la mente humana y cómo ese funcionamiento desemboca en una actividad lingüística. El problema es que su investigación queda restringida casi por entero a los ámbitos de la figuración metafórica y de la categorización, fundamentales desde luego como procesos cognitivos, pero que no abarcan el funcionamiento de la comunicación literaria como un todo, y desde luego no dicen nada de lo distintivo de la literatura frente a otros procesos comunicativos. Esta es una de las principales dificultades que aprecio también en otros estudiosos de la literatura desde un punto de vista cognitivo²¹. El mismo Mark Turner responde a la acusación de centrarse en el nivel más local de los procesos cognitivos (metáforas y frases) y su respuesta es la esperada y la que se ha dado en teorías tradicionales que igualaban la literatura con la metáfora o con la figuración: los procesos cognitivos, las relaciones conceptuales se dan tanto en los niveles superficiales como profundos de la creación artística²².

Para superar este tipo de estudios parciales, me parece más apropiado tomar un principio general de la psicología cognitiva como es el principio de relevancia (o pertinencia, como traducen algunos, quizá de manera más apropiada) y aplicarlo a la comunicación en general, como hacen Sperber y Wilson en su libro ya clásico. La lingüística cognitiva toma, al fin y al

²⁰ Mark TURNER, *Reading Minds*, p. 13: «Los actos de literatura son capaces de existir y tener significado porque ya existen el lenguaje y el pensamiento convencional de las comunidades lingüísticas. Lo que un lector aporta a un texto es predominantemente lo que un miembro de una comunidad lingüística aporta al lenguaje en que el texto está escrito. Intentar tratar a la literatura independientemente del lenguaje de todos los días y del pensamiento convencional es una muestra de solipsismo» (La traducción es mía).

²¹ Raymond W. GIBBS, *The poetics of mind: figurative thought, language, and understanding*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994. Adrian Pilkington, *Poetic effects: a relevance theory perspective*, Amsterdam/Philadelphia, John Benjamins, 2000, aun siendo el trabajo más completo a este respecto, dedica el mayor espacio de su obra al análisis de los procedimientos metafóricos y a las estructuras repetitivas en literatura.

²² *Reading Minds*, p. 240: «Hay aquí un supuesto erróneo. Las conexiones conceptuales y los patrones y actividades de la mente se expresan en todos los niveles, grandes y pequeños. En el lenguaje, el macrocosmos se revela en el microcosmos y viceversa, simplemente porque todos los niveles del lenguaje incorporan las mismas figuras conceptuales del pensamiento. Bien es verdad que las conexiones conceptuales se manifiestan en frases locales individuales, pero no residen ahí o no principal o exclusivamente residen ahí. De manera equivalente se expresan a través de obras enteras, de hecho se expresan a través de patrones de significado que trascienden obras enteras» (La traducción es mía).

cabo, esta misma senda: se fija en cómo los procesos cognitivos generales se reflejan en el lenguaje. En consecuencia, estimo que el camino a seguir es explorar la línea de aplicación de la lingüística cognitiva al estudio de la literatura²³.

2. LINGÜÍSTICA COGNITIVA Y LITERATURA

Cuando una vez más se plantea el estudio de la literatura desde un punto de vista lingüístico, que no es puramente formalista, surge de nuevo la disputa entre convencionalismo y no-convencionalismo, la variante literaria de la disputa que hemos visto en psicología y antropología entre conductismo e innatismo, o convencionalismo y universalismo (y con ello el fantasma de la tesis Sapir-Whorf²⁴).

La literatura es una institución, las obras literarias no lo son (excepto en un sentido metafórico). Evidentemente, el disfrute de estas obras, en cuanto que son discursos sociales, contiene una parte que incumbe a las convenciones características de la institución. La pregunta que se impone es: ¿cuántas de estas características hay que conocer para decir que se ha comprendido una obra literaria? Esta brecha abierta entre la institución y las obras particulares ha sido el problema constante con que se ha encontrado la teoría literaria a la hora de definir la literatura. Por poner un ejemplo, un cuento para niños, ¿cuántas convenciones literarias debe cumplir? ¿Tienen los niños nociones de la institución literaria, o son más bien esos cuentos una manera de introducirlos en la institución? Problemas como los de la ficción o los estilos dependen en gran parte de la institución, pero si no van acompañados de un reflejo lingüístico en los textos no tienen nin-

²³ No encuentro en España mucha bibliografía al respecto, a pesar del desarrollo que está teniendo la lingüística cognitiva y la teoría de la relevancia en nuestro país. Son referencia fundamental en lo que atañe a lingüística funcional y cognitiva los trabajos de Ángel GARCÍA LÓPEZ, especialmente, *Fundamentos genéticos del lenguaje*, Madrid, Cátedra, 2002. En cuanto a la relación de lingüística y literatura, destaco el artículo de José Luis GUIJARRO, «The Possible Place of *Relevance Theory* in a Cognitive Explanation of Literature», en *Revista Alicantina de Estudios Ingleses*, 11 (1998), pp. 117-137; el libro de Francisco Yus Ramos, *Cooperación y relevancia: dos aproximaciones pragmáticas a la interpretación*, Alicante, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alicante, 1997; y mi propio trabajo *Pragmática del discurso lírico*, Madrid, Arco Libros, 2005.

²⁴ Recuerdo que la versión vulgata de la hipótesis Sapir-Whorf supone un determinismo lingüístico total, según el cual el pensamiento de los hombres es por completo dependiente del idioma que hablan. En consecuencia, no habría percepción de la realidad fuera de las categorías lingüísticas heredadas en cada comunidad. La hipótesis ha sido muy discutida en los manuales de lingüística, pero será ilustrador remitirse al libro de Rix Pinxten (ed.), *Universalism versus relativism in language and thought. Proceedings of a Colloquium on the Sapir-Whorf Hypotheses*, The Hague/Paris, Mouton, 1976.

guna consecuencia real en la lectura. Piénsese también en la distancia que va de los manifiestos literarios a las obras que se supone los ejemplifican, o en la distinción que hace Genette entre géneros y modos: los géneros pertenecen a la institución y los modos a la lógica del lenguaje, sin embargo no pueden más que implicarse: una novela estará normalmente en el modo narrativo y si no, se asume que el autor juega con las expectativas del lector²⁵.

Una posición cerradamente convencionalista²⁶ es difícil de defender, ya que nunca se puede estar seguro de cuántas y cuáles son las convenciones que actúan sobre la comprensión en un determinado momento. Éstas cambian en cada etapa histórica. Sin ir más lejos, la convención de ficcionalidad es ahora distinta que en el siglo XVII, y en parte esto se debe a todos los estudios que hay sobre la ficción y a los experimentos que los propios creadores han ejercido sobre este concepto. Se puede alegar que uno debe estar al tanto de las convenciones petrarquistas para entender los sonetos amorosos de los siglos XVI y XVII. Sin embargo, si miramos más de cerca veremos que las convenciones propiamente literarias son menos de las que parecen. Muchas derivan de situaciones universales, como los estados psicológicos representados (enamoramiento, rechazo, admiración de la belleza), otras, como la descripción del amor como niño alado, son compartidas por la iconografía; los personajes mitológicos aparecen, en general, fosilizados como metonimia de sus atributos, etc.

En definitiva, el hecho de que exista una convención quiere decir que ésta ha sido creada en determinado momento, ha tenido éxito y ha pasado a formar parte de los procesos de comprensión compartidos por una sociedad. Sin embargo, del fenómeno singular de la creación de una convención no podría dar cuenta de ninguna manera una postura cerradamente convencionalista, pues fuera de las convenciones creadas no habría sentido, y nunca se llegaría a formar una convención nueva.

En vista de que las tesis convencionalistas no son capaces de explicar el funcionamiento de las obras literarias, la lingüística cognitiva se ofrece aquí como solución en tanto que no es una disciplina puramente formal, sino funcionalista, y nos permitirá comprender no sólo cómo la literatura

²⁵ Gérard GENETTE, *Introduction à l'architexte*, Paris, Seuil, 1979. Véase también Miguel Ángel GARRIDO, «Una vasta paráfrasis de Aristóteles», en Miguel Ángel GARRIDO GALLARDO (ed.), *Teoría de los géneros literarios*, Madrid, Arco Libros, 1988, pp. 9-28.

²⁶ Cerradamente convencionalista es la posición de Stanley Fish, representada sobre todo en el libro *Is There a Text in this Class? The Authority of Interpretive Communities*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1980. Sobre la cuestión del convencionalismo puede verse el libro de Rolf A. ZWAAN, *Aspects of Literary Comprehension. A cognitive Approach*, Amsterdam/Philadelphia, John Benjamins, 1993; y Theo D'HAEN, Rainer GRÜBEL and Helmut LETHEN (eds.), *Convention and innovation in literature*, Amsterdam, John Benjamins, 1989.

tiene, a través de la lengua, relación con los procesos cognitivos básicos de la mente humana sino también con los mecanismos de socialización que se basan en esos mismos principios.

La lingüística cognitiva surge, por decirlo de una manera resumida, como una escisión de la gramática generativa de Noam Chomsky²⁷. Si tuviéramos que caracterizar *grosso modo* a ambas podríamos decir que mientras que los generativistas ponen el acento en la estructura sintáctica de la lengua como núcleo central de una gramática, los cognitivistas buscan el lugar más apropiado de análisis en la semántica, o en otras palabras, mientras que unos se basan en un modelo computacional en principio ajeno al sentido de la lengua, los otros priman un modelo simbólico de interpretación. El modelo chomskyano no resulta muy apropiado para ser aplicado a la literatura, ya que trabaja con abstracciones bastante alejadas del discurso real y no pretende ir más allá de los límites de la frase; además, la labor principal que establece para una gramática en su teoría es discriminar entre oraciones gramaticales y agramaticales dentro de una lengua²⁸. Así, pues, todo nos dirige a la elección de la gramática cognitiva como la mejor candidata para encauzar un estudio lingüístico de la literatura. Con ello conseguiremos dos objetivos: el primero dar un nuevo impulso a la propuesta de Jakobson de que es imprescindible un buen conocimiento lingüístico para estudiar la literatura; y segundo, romper la barrera férreamente establecida en la teorización tradicional entre semántica y pragmática, con lo que se rompe también la (falsa) dicotomía que acabo de establecer entre tesis convencionalistas y tesis textualistas. Ello sin olvidar la aportación que hace la teoría de la relevancia a la explicación de toda actividad comunicativa, incluida la literaria²⁹.

En lo que a continuación sigue trataré de mostrar las líneas maestras de una aplicación de lo que estrictamente se puede considerar gramática cognitiva a la literatura, aprovechando sobre todo la indistinción que esta línea de investigación del lenguaje realiza entre los niveles pragmáticos y semánticos de la lengua. Pero antes conviene volver de nuevo a la cuestión de la modularidad de la mente en lo que respecta en particular al len-

²⁷ Puede verse la historia de esta disciplina en María Josep CUENCA y Joseph HILFERTY, *Introducción a la lingüística cognitiva*, Barcelona, Ariel, 1999.

²⁸ Véase, para un acercamiento global a las relaciones entre generativismo y literatura, Miguel Ángel GARRIDO, *Nueva introducción a la teoría de la literatura*, Madrid, Síntesis, 2000, pp. 104-107; y el capítulo que José María Pozuelo Yvancos dedica a «la estilística generativa» en su libro *Teoría del lenguaje literario*, Madrid, Cátedra, 1992, pp. 30-34.

²⁹ El hecho de que Mark Turner, para hacer la aplicación de la retórica cognitiva a la literatura en general, contemple la comunicación literaria como una conversación viene a ahondar en la pertinencia de este principio: «La literatura puede entenderse como un caso especial de nuestro concepto cotidiano de conversación, en este caso conversaciones entre autores y lectores» (*Reading Minds*, p. 245. La traducción es mía).

guaje para enfocar desde una perspectiva más científica el problema que he venido planteando hasta aquí de la disyuntiva entre interpretaciones contextualistas e interpretaciones textualistas, que pueden entenderse como interpretaciones pragmáticas e interpretaciones semánticas de la literatura.

3. MODULARIDAD DE LA MENTE Y AUTONOMÍA DEL LENGUAJE

La muy debatida cuestión sobre la modularidad de la mente y la existencia de un órgano mental especializado en el lenguaje dejaría sentada, si se resolviera definitivamente en un sentido u otro, en un campo seguro (el de la biología) la posibilidad de la comprensión de las obras literarias como meros productos lingüísticos o, en el caso contrario, la absoluta necesidad de la participación de otros conocimientos (o módulos mentales). Pero el hecho es que esta cuestión no está decidida. Chomsky y sus seguidores han defendido siempre la existencia de un módulo u órgano mental cuyo cometido es la computación lingüística, y que es independiente de todos los demás procesos inteligentes³⁰. Esta visión viene corroborada por la existencia de casos de «sabios lingüísticos», es decir, personas que tienen un gran manejo del lenguaje pero que son deficientes en otros campos de la inteligencia, o, a la inversa, casos de personas con deficiencias lingüísticas que no se pueden atribuir a deficiencias en otras dimensiones de la inteligencia, que conservan un funcionamiento normal³¹.

Otra prueba a favor de que conocimientos ajenos a los lingüísticos (conocimiento previo y expectativas) no son del todo determinantes para la comprensión de enunciados la tomo de Steven Pinker. Él lo aplica a la relación entre fonética y sentido pero vale para la relación entre planos lingüísticos cualesquiera. Según Pinker las teorías relativistas defienden un procesamiento de arriba-abajo, que aplicado al lenguaje y a la producción del habla viene a significar que uno oye lo que quiere oír, no lo que realmente percibe. Esta suposición no puede ser válida porque entonces «un organismo perceptor que se viera obligado a depender de sus expectativas se hallaría en franca desventaja en un mundo fundamentalmente impredecible como es el nuestro». Y propone un experimento que consiste en escoger al azar diez palabras del diccionario, llamar por teléfono a un amigo y pronunciarlas con claridad:

³⁰ Véase el libro ya clásico de Jerry A. FODOR, *The modularity of mind: an essay on faculty psychology*, Cambridge, Mass/London, MIT Press, 1983, y las numerosas publicaciones de Noam Chomsky al respecto.

³¹ Resulta ilustrativo para el planteamiento de todos estos problemas el libro de Steven PINKER, *El instinto del lenguaje. Cómo crea el lenguaje la mente*, Madrid, Alianza Editorial, 1995. Puede verse también el libro de Lyle JENKINS, *Biolinguistics: exploring the Biology of Language*, Cambridge University Press, 2000.

«Lo más probable es que su amigo las identifique sin mayor problema, usando únicamente la información presente en la señal de habla y su conocimiento del vocabulario y la fonología del español (...). Aun cuando en circunstancias ruidosas o degradadas podamos utilizar conocimientos conceptuales de orden superior (e incluso en tales casos no está del todo claro si el conocimiento altera la percepción o si tan sólo se utiliza para adivinar inteligentemente aquello que no hemos podido oír), nuestro cerebro está diseñado para estrujar hasta la última gota de información fonética que nos brinda la onda sonora del habla. El sexto sentido que empleamos para percibir el habla es un sentido, algo que nos pone en contacto con el mundo, y no simplemente una forma de autosugestión»³².

Aplicado este principio a la comprensión de obras literaria indicaría que cuando nos enfrentamos a un texto literario estamos usando fundamentalmente y de modo prioritario un módulo o un dominio muy determinado (el del lenguaje), con el que pueden colaborar otros módulos, pero que en principio tiene garantizada cierta independencia. El problema es que si planteamos la existencia de módulos o dominios en una versión cerradamente chomskyana tendríamos una comprensión puramente sintáctica de la lengua, lo cual dejaría de lado gran parte del significado de la literatura, pues una gramática entendida en un sentido exclusivamente sintáctico choca, entre otras cosas, con la agramaticalidad de muchas de las creaciones literarias. Se impone, por tanto, la necesidad de ampliar la noción de modularidad para que, reconociendo la autonomía de procesos como los sintácticos, pueda dar cabida también a la solución de otro tipo de problemas como los relacionados con el léxico y otros niveles lingüísticos. Así, algunos defensores de la modularidad llegan a plantear la existencia de submódulos dentro de un módulo general del lenguaje³³, y es lo que propone Sperber cuando plantea que los conceptos pueden ser entendidos como micro-módulos. Esta expansión de la idea de modularidad, para hacerla efectiva y manejable, nos llevaría a la exploración de unidades de categorización mínimas en una postura muy cercana a las tesis de la gramática cognitiva. Ésta, en último extremo, soslaya la discusión sobre la modularidad y, así, Langacker, uno de sus fundadores, señala que el que la gramática tenga un módulo independiente o no, no afecta a la teorización de la gramática cognitiva³⁴. Si-

³² PINKER, *op. cit.*, pp. 202-203.

³³ Stephen R. ANDERSON and David W. LIGHTFOOT, *The language organ. Linguistics as cognitive physiology*, Cambridge University Press, 2002: «Igualmente encontramos disociaciones ‘submodulares’ dentro del órgano del lenguaje que sugieren que la gramática tiene sus propios módulos internos. Smith apunta a disociaciones entre el léxico y el sistema computacional» (p. 237. La traducción es mía).

³⁴ Ronald W. LANGACKER, *Foundations of Cognitive Grammar. Volume I: Theoretical Prerequisites*, Stanford University Press, 1987: «El lenguaje es una parte integral de la cognición humana. Una explicación de la estructura lingüística debería, por tanto, articularse con lo que se conoce sobre el procesamiento cognitivo en general, independientemente de si uno postula un ‘módulo’ especial del lenguaje (Fodor 1983), o una

guiendo esta indicación, el lenguaje, independientemente de la modularidad de la mente, seguiría siendo la puerta de entrada principal al estudio de la literatura, ya que el lenguaje está ligado y está implicado en los procesos cognitivos básicos, lo que no nos permitiría separar los usos del lenguaje literario y no literario. Con ello, llegamos a una solución paralela a la de la existencia de un módulo del lenguaje independiente, pero una solución desde luego más rica, ya que supone que en el lenguaje están representados los mismos mecanismos cognitivos que permiten la existencia de la cultura y la sociedad en sentido amplio, aunque conservando ciertos niveles de independencia como muestra el hecho de que seamos capaces de aceptar como sintácticamente bien formadas frases carentes de sentido semántico, o podamos entender oraciones cuyos referentes desconocemos, lo que indica que el lenguaje tiene la capacidad propia de crear mundos y no sólo de reflejarlos o expresarlos.

Este somero repaso de la cuestión de la modularidad de la mente y autonomía del lenguaje nos puede ayudar a arrojar luz sobre el dilema que vengo planteando entre convenciones y no convenciones, ya que señala la relativa independencia entre una comprensión puramente lingüística y una comprensión en que entrarían en juego otros módulos que afectan al comportamiento social en general. Creo que Sperber actúa correctamente al distinguir entre módulos que contienen conceptos intuitivos, es decir, realidades que se producen por relación con el medio (entre los que estaría el lenguaje) y módulos representacionales cuyo carácter es reflexivo, es decir, que no arrojan representaciones intuitivas sino representaciones de representaciones. En este caso, las obras literarias serían, en principio, datos primarios creados por el módulo del lenguaje a los que se les aplicaría metarrepresentaciones de carácter reflexivo que serían, por ejemplo, la caracterización de género.

En esta línea Rolf A. Zwaan, aboga por reconvertir el concepto de «convención», demasiado externalista y demasiado tendente al escepticismo, por el de «estrategias cognitivas» (para distinguirlo de «estrategias textuales») que lo incluye, ya que, como se ha venido demostrando, los

innata *faculté de langage*. Si tal facultad existe, está, no obstante, incrustada en la matriz psicológica general, pues representa la evolución y fijación de estructuras que tienen un origen menos especializado. Incluso si los esquemas para el lenguaje están ‘cableados’ genéticamente en el organismo humano, su elaboración para convertirse en un sistema lingüístico específico durante la adquisición del lenguaje, y su realización en cada uso de la lengua, dependen claramente de factores experienciales y están inextricablemente ligados a los fenómenos psicológicos que no son específicamente de carácter lingüístico. Así pues, no tenemos ninguna razón válida para anticipar una dicotomía tajante entre habilidad lingüística y otros aspectos del procesamiento cognitivo. En lugar de agarrarse a cualquier fundamento para afirmar la unicidad e insularidad del lenguaje, deberíamos tratar con más seriedad de integrar los hallazgos de la lingüística y la psicología cognitiva» (pp. 12-13. La traducción es mía).

procesos de comunicación no son tan convencionales como se creía, sino que responden a procesos racionales e inferenciales³⁵. El concepto central en la perspectiva cognitiva de Zwaan es el de «sistema de control de la comprensión literaria» (*Literary-comprehension control system*):

«Esta unidad de control está pensada para regular el proceso de comprensión literaria. Puede ser activada por información textual, señales contextuales u objetivos internos. El LCCS es responsable de la 'literariedad' del proceso de comprensión además de los rasgos textuales. El sistema de control incluye diversos objetivos de los lectores y estrategias cognitivas específicas. Se consideraba, además, que los lectores desarrollaban sistemas específicos de control para tipos particulares de discurso a través de la exposición a textos de estos tipos (aprendizaje incidental) y de instrucciones explícitas»³⁶.

Lo que se consigue de esta manera es internalizar lo que se consideraban convenciones de lectura y hacer a éstas parte de la maquinaria cognitiva que se pone en marcha al interpretar textos, en definitiva almacenar de forma semántica información que en principio podía ser puramente pragmática.

4. SEMÁNTICA Y PRAGMÁTICA

Si la cuestión de la modularidad de la mente y la autonomía del lenguaje o no como órgano cognitivo nos abría el campo para el entendimiento de la relación entre procesamiento lingüístico y procesamiento social de los discursos literarios, la cuestión que ahora voy a tratar, la ruptura de la frontera rígida entre semántica y pragmática, me parece que engloba y supera la discusión anterior en tanto que la asimilación entre semántica y pragmática supone dar con el lugar de encuentro buscado entre las teorías convencionalistas y las textualistas, como acabo de apuntar en relación con la tesis de Zwaan.

Tradicionalmente se sitúa la frontera que separa a la semántica de la pragmática en el conocimiento puramente lingüístico frente al conocimiento enciclopédico, o más técnicamente en la capacidad del análisis para establecer o no las condiciones de verdad lógica de los enunciados. Que esta división tajante no se sostiene lo demuestran varios autores, pero me parece especialmente interesante comenzar por exponer la postura de los fundadores de la teoría de la relevancia respecto a la distinción pragmática/

³⁵ ZWAAN, *op. cit.*, pág. 15: «Probablemente, el papel de las convenciones en el proceso de comprensión literaria no es tan grande como muchos teóricos literarios proponen. La comprensión textual se basa en decisiones arbitrarias menos de lo que el uso del término *convenciones de lectura* indica. Parece, por tanto, más efectivo hablar de *estrategias cognitivas* (algunas de las cuales pueden estar basadas en convenciones o haberse convencionalizado)» (La traducción es mía).

³⁶ ZWAAN, *op. cit.*, p. 141. La traducción es mía.

semántica, ya que parten de una concepción más bien tradicional de la barrera entre las dos disciplinas en contradicción con la doctrina que se desprende de la aplicación de su teoría. Así, el principio de relevancia se presenta, para empezar, como un procedimiento puramente pragmático y la teoría que parte de él una teoría pragmática de la comunicación. En este contexto, la semántica sería un mero *input* para la pragmática que, utilizando mecanismos de inferencia, trabajaría con las representaciones que ofrece el análisis semántico de una enunciación³⁷.

Sin embargo, es más que posible que el proceso inferencial se ponga en marcha antes de lo que postulan los teóricos de la relevancia y que, además, no sea la piedra de toque del proceso de comunicación, ya que la desambiguación de estructuras sintácticas para producir una representación semántica precisa de una interpretación de los contextos y de las intenciones del hablante; la representación semántica, entonces, no sirve sólo de entrada o *input* para practicar inferencias sobre ella sino que esta representación puede ser ella misma el producto o *output* de uno o varios procesos de inferencia³⁸. Es lo que ocurre con los marcadores discursivos y las palabras que Diane Blakemore ha estudiado como restricciones semánticas sobre la relevancia, es decir, los elementos codificados de la lengua sobre los que no actúan las inferencias, sino que ellos mismos establecen qué tipos de inferencias se deben extraer³⁹. De hecho, Sperber y Wilson acaban afirmando que la comunicación verbal (que produce representaciones semánticas, entre otras cosas) no es más que un elemento dependiente de la comunicación inferencial que es universal y anterior en el tiempo⁴⁰. En

³⁷ Dan SPERBER and Deirdre WILSON, *Relevance. Communication and Cognition*, Oxford, Blackwell, 1995, p. 175: «En primer lugar, la descripción lingüística de una enunciación está determinada por la gramática, y no varía con los intereses o el punto de vista de los oyentes. En segundo lugar, esta descripción lingüística arroja un abanico de representaciones semánticas, una por cada sentido de la oración enunciada. Cada representación semántica es un esquema, que debe ser completado e integrado en una suposición sobre la intención informativa del hablante, y puede ser tan compleja como el hablante se preocupe de hacerla» (La traducción es mía).

³⁸ Kavi MAHESH, Kurt P. EISELT and Jennifer K. HOLBROOK, «Sentence Processing in Understanding» en *Understanding Language Understanding. Computational Models of Reading*, edited by Ashwin Ram and Kenneth Moorman, Cambridge, Mass. / London, MIT, 1999, p. 33: «Diversos tipos de conocimiento, tanto específicos de la lengua como extra lingüísticos, son necesarios para proyectar la oración de entrada (*input sentence*) en la representación de salida (*output representation*) de su significado, con la resolución de cualquier ambigüedad en la proyección» (La traducción es mía).

³⁹ Diane BLAKEMORE, *Semantic constraints on relevance*, Oxford, Blackwell, 1987; Blakemore, DIANE, *Relevance and linguistic meaning: the semantics and pragmatics of discourse markers*, Cambridge, Cambridge University, 2002; María Antonia MARTÍN ZORRAQUINO y Estrella MONTONLÍO (coord.), *Los marcadores del discurso: teoría y análisis*, Madrid, Arco Libros, 1998.

⁴⁰ «El proceso de comunicación codificada no es autónomo: está al servicio del proceso inferencial. El proceso inferencial es autónomo: funciona esencialmente de la mis-

efecto, una representación semántica plena no puede darse a no ser que hayan mediado ya procesos de inferencia, como por ejemplo la asignación de referentes y la desambiguación. Obsérvese como ejemplo de la necesaria interrelación entre semántica y pragmática, entre codificación y procesos inferenciales, el hecho de que los lingüistas hayan encontrado que la frase «Time flies like arrows» tiene más interpretaciones de las que uno puede pensar. Si todas las interpretaciones puramente lingüísticas de esta frase son posibles quiere decir que sólo llegamos a la interpretación correcta porque aplicamos inferencias antes de tener completa la representación semántica de la frase⁴¹.

Diane Blakemore y John Lyons han defendido el paso fluido entre semántica y pragmática en distintas versiones⁴². Sobre todo la profesora Blakemore ha mostrado que la teoría de la relevancia no nos dice qué información exacta extraerá alguien de un intercambio comunicativo sino que sienta los principios para entender qué conjunto de efectos cognitivos se darán en una mente dado el grado y cantidad de información que se procesa. Se trata, como titula la autora uno de sus libros, de restricciones semánticas a la relevancia, es decir, elementos semánticos que nos dicen en qué sentido tiene que buscarse la relevancia de una enunciación. Otros intentos de romper las barreras entre semántica y pragmática son los de Ducrot⁴³, pero quien ha puesto el acento en ello es la gramática cognitiva. Al suponer ésta la indisoluble interacción entre el lenguaje y los demás procesos cognitivos se deduce que no es posible establecer una clara dis-

ma manera tanto si se combina con la comunicación codificada como si no (aunque en ausencia de comunicación codificada, las realizaciones son por lo general más pobres) (...). Las representaciones semánticas procedentes de la decodificación son útiles sólo como fuente de hipótesis y evidencias para el segundo proceso comunicativo, el inferencial. La comunicación inferencial supone la aplicación, no de reglas de decodificación de aplicación particular, sino de reglas de inferencia de aplicación general, que se aplican a cualquier información conceptualmente representada» (pág. 176. La traducción es mía).

⁴¹ Véase Gerry T. M. ALTMANN, *La ascensión de Babel. Una incursión en el lenguaje, la mente y el entendimiento*, Barcelona, Ariel, 1999, pp. 85-99; y PINKER, *op. cit.*, pp. 229 y ss.

⁴² John LYONS, *Linguistic Semantics. An Introduction*, Cambridge University Press, 1995: «Por supuesto, hay quienes preferirían referirse a cualquier extensión de este tipo como pragmática más que semántica. Pero no es una cosa ni la otra. Como hemos visto en diversas ocasiones, hay muchas maneras diferentes de trazar tales distinciones terminológicas. El punto de vista que hemos adoptado a lo largo de este libro es que la semántica lingüística debería ocuparse, en principio, de (todo y solamente) el significado en tanto que está codificado en la estructura léxica y gramatical de las lenguas naturales particulares, independientemente de si es analizable según las condiciones de verdad o no» (p. 342. La traducción es mía).

⁴³ Jean-Claude ANSCOMBRE, Oswald DUCROT, *La argumentación en la lengua*, introducción de Marta Tordesillas, Madrid, Gredos, 1994; Oswald DUCROT, *Decir y no decir. Principios de semántica lingüística*, Barcelona, Anagrama, 1982.

tinción entre semántica y pragmática, entre conocimiento del lenguaje y conocimiento del mundo. Como ha señalado Langacker: «La distinción entre semántica y pragmática (o entre conocimiento lingüístico y extralingüístico) es en gran medida artificial, y la única concepción viable de la semántica lingüística es la que evite tales dicotomías falsas y sea, en consecuencia, **enciclopédica por naturaleza**»⁴⁴.

La lingüística cognitiva se basa fundamentalmente en la idea de prototipicidad, a partir de los experimentos psicológicos de Rosch y sus colegas, y en los procesos cognitivos que están detrás de los fenómenos de categorización, pues el lenguaje se entiende como un instrumento de categorización⁴⁵. Según el principio de prototipicidad, la categorización no se produce por una asignación de condiciones o rasgos necesarios y suficientes, sino por la proximidad o lejanía a un modelo central que es el prototipo de la categoría. Dicho principio puede ser aplicado de manera metateórica y, así, llevándolo a la cuestión de la no diferenciación entre semántica y pragmática, tendríamos que habría, sin duda, casos prototípicos de conocimiento particularmente lingüístico y casos prototípicos de conocimiento particularmente enciclopédico, pero siempre sin que exista entre ellos una barrera clara, sino más bien una frontera fluida y difusa, de manera que no se pueda separar nunca del todo el plano semántico del pragmático. Pensemos, por ejemplo, en el caso de asignación de referentes a un pronombre personal (o a los deícticos en general). En una conversación considerada estándar con dos interlocutores cara a cara (y esto ya es una situación prototípica) esta asignación de referentes dependerá por completo del conocimiento y situación en el mundo de los interlocutores, es decir, se aplicará 'yo' al participante que habla en cada turno y que está allí en persona; 'tú' al que escucha; se asignarán nombres propios a referentes conocidos por ambos individuos; 'aquí' será el espacio físico que en ese momento ocupan ambos participantes, etc. Sin embargo, en un texto escrito la asignación de referentes no depende en tan gran medida del conocimiento efectivo del mundo de los participantes, pues en esta situación (también prototípica en su categoría) no comparten un mismo espacio físico y ni siquiera pueden verse cara a cara, lo que quiere decir que toda la información que vehiculan los deícticos se comprende inicialmente en un nivel primordialmente semántico. El pronombre 'yo' ya no se puede asignar a un individuo por el conocimiento del mundo que tiene el lector, sino que queda como la marca de una descripción semántica implícita: «el que en este momento asume el papel de hablante (o escritor)»; y lo mismo pasa

⁴⁴ LANGACKER, *op. cit.*, pág. 154. La traducción es mía.

⁴⁵ Georges KLEIBER, *La semántica de los prototipos: Categoría y sentido léxico*, Madrid : Visor Libros, 1995; Dubois, DANIELE (ed.), *Sémantique et cognition. Catégories, prototypes, typicalité*, Paris, Centre National de la Recherche Scientifique, 1993; LAKOFF, G., *Women, Fire and Dangerous Things*. Chicago University Press, 1987.

con los demás deícticos: ‘aquí’ indica simplemente el lugar desde el que habla quien dice ‘yo’, pero no se puede determinar por el conocimiento de un lugar físico exacto. Esto demuestra que de un mismo elemento lingüístico (pronombre, deíctico) en un caso tenemos una descripción prototípicamente pragmática y en el otro prototípicamente semántica, pero ninguna es independiente de la otra, ya que el uso de una expresión referencial de la que no se conoce el referente o de un deíctico usado en ausencia, como ocurre en el caso de la escritura, indican que en una situación hipotética de copresencia el receptor podría reconocer el referente o la indicación espacio-temporal. Y a la inversa, los deícticos no contienen sólo información situacional sino también semántica: los pronombres personales de tercera persona indican el género del referente, por ejemplo⁴⁶.

El ejemplo escogido de los pronombres es revelador por lo que toca a la comprensión de la literatura como proceso comunicativo. Ésta, que se produce por escrito y en ausencia del emisor, requiere en principio un análisis prototípicamente semántico de los pronombres y demás deícticos, pero ahí no se agota el sentido, ya que este nivel semántico, en virtud de la continuidad entre semántica y pragmática, se presenta como la vía de acceso a una interpretación global del enunciado en que hay que contar con las interpretaciones pragmáticas que interactúan con la información semántica plasmada textualmente. Así, la interpretación prototípicamente semántica del enunciado debe ser contrastada con la información, en este caso pragmática, de la situación real de enunciación en que ha tenido lugar la producción del mensaje, es decir, con la situación real de escritura. Esto introduce un nivel de análisis que tiene en cuenta el conocimiento del mundo, es decir prototípicamente pragmático. Sin embargo, está claro que el lector no tiene acceso a la situación de escritura (que raramente quedará reflejada textualmente). A lo que sí tiene acceso es a una imagen prototípica de la situación de escritura, almacenada de forma semántica en algún otro dominio mental, información que es de carácter social. De hecho, cada época tendrá una imagen distinta de esta situación de escritura y de su protagonista «el poeta», de los motivos que le llevan a escribir, de los temas que es apropiado que trate, etc. Así, pues, del viaje de ida y vuelta entre la

⁴⁶ Véase a este respecto la distinción que hace John Lyons entre deícticos puros e impuros, según sean gestos lingüísticos puramente mostrativos o contengan información semántica adicional: «La primera (distinción) es entre lo que yo llamo **deícticos puros** e **impuros**: entre expresiones cuyo significado puede ser explicado completamente en términos de la noción de deixis y expresiones cuyo significado es en parte deíctico y en parte no-deíctico. Por ejemplo, los pronombres de primera y segunda persona en inglés (y en español), ‘yo’ y ‘tú’ son puramente deícticos: se refieren al agente locutivo y al destinatario sin proporcionar información adicional sobre ellos (...). Pero los pronombres de tercera persona del singular —‘él’, ‘ella’ y ‘ello’— son deícticos impuros: llevan codificada la distinción de significado que se asocia tradicionalmente con los términos ‘masculino’, ‘femenino’ y ‘neutro’» (*Linguistic Semantics*, p. 307. La traducción es mía).

información ofrecida por las marcas semánticas del texto y la almacenada, y puesta a disposición en el momento de lectura, de la situación típica de escritura surge el sentido de la enunciación y la posibilidad o no de asignar referentes a las expresiones referenciales y deícticos, y en qué grado⁴⁷.

Este esquema o marco al que me refiero como situación de escritura, y que va más allá propiamente de una situación en sentido estricto, porque incluye también las expectativas que el lector tiene sobre cómo se comportan los distintos papeles (escritor, lector) en una situación comunicativa y qué es dado esperar de ella, es uno de los muchos esquemas que, según los psicólogos, nos sirven para orientarnos en el mundo y para saber cómo los individuos se deben comportar en determinadas circunstancias. No son, en definitiva, más que una manera de categorizar situaciones. La existencia de estos esquemas viene justificada y explicada en la obra clásica de Schank y Abelson y ha sido después desarrollada por otros autores, sobre todo en el campo de la lingüística del texto⁴⁸. El término «esquema» se usa como designación general, mientras que «marco» es denominación para esquemas visuales, como «habitación» o «vivienda», reservándose los términos de «guión» o «script» para esquemas situacionales. El análisis de este conocimiento de situaciones se puede incluir también en una teoría general de la acción, ya que se trata de situaciones en que diversos individuos (escritores, lectores) realizan unas actividades de carácter social⁴⁹. De esta manera, tanto autor como lector actúan según unos marcos de comportamiento que comprometen al autor a dar toda la información posible en dicho marco sobre cómo quiere que sea entendida su comunicación, y garantizan al lector en gran medida que el autor ha plasmado de la mejor manera que sabe y puede sus intenciones comunicativas en la obra, y todo esto sin la posibilidad de correcciones, rectificaciones ni explicaciones fuera del propio texto. Esto está de acuerdo, además, con lo postulado por la teoría de la relevancia que tiene como tesis central que la actuación racional impele a emisor y a receptor a considerar las intervenciones en un intercambio comunicativo como totalmente relevantes.

En el caso de la lírica, la información referente a la institución (de ca-

⁴⁷ Para tener una idea más amplia de la situación de escritura como entorno pragmático de interpretación literaria puede verse el esclarecedor capítulo de Susana Reisz «VII. ¿Quién habla en el poema?», en su libro *Teoría y Análisis del Texto Literario*, Buenos Aires, Hachette, 1989, pp. 201-223; y mi tratamiento del tema en el libro citado *Pragmática del discurso lírico*.

⁴⁸ R. C. SCHANK y R. P. ABELSON, *Scripts, plans, goals and understanding. An inquiry into human knowledge structures*, New Jersey, Lawrence Erlbaum Associates, 1977. Véase también Manuel DE VEGA, *op. cit.*, p. 399.

⁴⁹ Recuérdese que la teoría empírica de la literatura propugnada por Schmidt y sus colegas es al fin y al cabo una teoría de la acción social. Siegfried J. SCHMIDT, *Fundamentos de la ciencia empírica de la literatura. El ámbito de actuación social literaria*, Madrid, Taurus, 1990.

rácter semántico y almacenada como esquema de producción) ofrece un contenido que varía con la época histórica y que por eso no me detendré ahora a explicitar, pero que se puede resumir en el hecho de que el emisor es un poeta (del que sabremos más o menos por la historia literaria), que este poeta responderá a una imagen prototípica según la época, que producirá una obra breve generalmente en verso en la que hablará de una serie de temas cuyas posibilidades están también mediadas históricamente. De ahí que cuando algo rompe esa imagen prototípica no deja de ser señalado en el propio texto o sus aledaños como máximamente informativo y chocante. Por poner un caso extremo, la imagen del escritor en el momento de producir su texto en el plano material no puede haber cambiado mucho a lo largo de la historia: se supone, en esta imagen típica, que el autor está en soledad (o por lo menos aislado de personas que lo distraigan) generalmente sentado ante una mesa o pupitre y escribe sobre un papel en blanco a la luz natural o artificial. Si en algún caso algo no concuerda con esta imagen se hará notar en seguida. Así tenemos dos poetas que confiesan, uno en su propio texto y otro fuera de él, haber escrito versos montados a caballo: el duque de Aquitania, el primer trovador del que tenemos noticia, y William Wordsworth⁵⁰. Pessoa dice haber escrito los poemas de Alberto Caeiro de una tirada de pie sobre una cómoda⁵¹, y aquí no extraña tanto el hecho de escribir de pie (en lugar de sentado) como el que la producción material del texto se produzca sin interrupciones y sin correcciones, cuando se trata de una colección relativamente extensa de poemas. Por último, en el *Retrato del artista adolescente* Joyce introduce una descripción de cómo Stephen compone unos versos, y lo hace porque se trata de una situación que se sale de lo esperado: la inspiración coge a Stephen en la cama, no encuentra papel, y se ve obligado a escribir en el cartón de la cajetilla de tabaco, con lo cual se crea también una tensión y un contraste entre el mundo ideal de la inspiración y el tosco material sobre el que se plasma: «se puso a copiar con letra menudita y pulcra sobre la áspera superficie de la cartulina las

⁵⁰ El duque de Aquitania no sólo dice haber escrito su verso a caballo sino incluso mientras dormía: véase Martín DE RIQUER, *Los Trovadores. Historia literaria y textos*, Barcelona, Planeta, 1975, pp. 113-117. En cuanto al poema de Wordsworth, la referencia aparece en Dorothy WORDSWORTH, *The Grasmere and Alfoxden Journals*, Oxford University Press, 2002, págs. 88-89: «Justo al llegar a un Pozo o a un Hoyo que hay en el Parque de Lord Darlington William empezó a escribir ese poema de la Luciérnaga no pudiendo cabalgar a paso largo (...). Lo acabó más o menos a dos millas y media pasado Staindrop —no sintió el trote del caballo mientras escribía pero cuando había acabado sintió su efecto y tenía los dedos fríos dentro de los guantes» (La traducción es mía).

⁵¹ «Carta de Fernando a Pessoa a Adolfo Casais Monteiro, sobre la génesis de los Heterónimos» en Fernando PESSOA, *Obra Poética. Tomo I*, Barcelona, Ediciones 29, 1990, pp. 319-329. La cita en concreto corresponde a la página 324: «Un día en que finalmente había desistido —fue el 8 de marzo de 1914— me acerqué a una cómoda alta y, tomando un papel, empecé a escribir, de pie, como escribo siempre que puedo».

estrofas de su villanela»⁵². Para tener una idea cabal de la variabilidad histórica en la concepción de esta situación de escritura en sentido amplio, sería preciso rastrear a lo largo de las épocas los textos donde la literatura se ha preocupado de mostrar el momento de la creación⁵³.

En definitiva, lo que tenemos como imagen prototípica de escritura es el trasfondo pragmático de la comunicación que debemos conjugar con la información semántica transmitida por el texto. O dicho de otra manera, lo que tenemos que poner en paralelo son dos escenas, la que prototípicamente corresponde al conocimiento del mundo del acto de escritura y la que nos transmiten, a través de la prototipicidad puramente semántica, las marcas textuales. De ahí que la literatura sea un lugar privilegiado para mostrar esa fluidez entre pragmática y semántica, pues ninguna de estas dos escenas es independiente de la otra. Y precisamente es la idea de escena la que señala Langacker como modo de comprensión de una enunciación: «La gramática (como el léxico) incorpora la **imagería (imagery)** convencional. Con esto quiero decir que da estructura a una escena de una manera particular con vistas a su expresión lingüística, poniendo de relieve ciertos aspectos de ella a costa de otros, observándola desde cierta perspectiva, o construyéndola en términos de determinada metáfora»⁵⁴. Un poema puede considerarse como una escena extendida de este tipo.

Lo que se nos presenta, pues, siempre que accedemos a una enunciación lingüística es una escena en la que unos actores hacen o les ocurre algo en un escenario. Este escenario, como en el teatro, ya está formado antes de que llegemos nosotros lectores a asistir a la obra⁵⁵. Un mecanismo cognitivo está programado, como una plantilla vacía, para que espere la aparición de alguien que dice algo a uno o varios interlocutores respecto a un tema en unas circunstancias concretas. La semántica de la

⁵² James JOYCE, *Retrato del artista adolescente*, Barcelona, Lumen, 1986, p. 260.

⁵³ Resulta ilustrativo consultar a este respecto el libro de Alejandro Duque AMUSCO (ed.), *Cómo se hace un poema. El testimonio de 52 poetas*, Barcelona / Valencia, El ciervo / Pre-textos, 2002, producto de una encuesta que durante años realizó la revista *El ciervo* pidiendo a autores de diversas generaciones que explicaran el proceso de creación de alguno de sus poemas. De entre los 52 poetas elegidos apenas media docena hablan del acto material de escribir, y aun estos reflejan en general una imagen prototípica de escritura, como es el caso de Elena Martín Vivaldi. Y es que esta imagen es tan típica que la dan por descontada. Los encuestados, de hecho, entienden la pregunta en el sentido de que se les pide que expliciten motivaciones concretas para escribir el poema, reflexiones que acompañaron a su nacimiento, planteamientos de poética, intenciones comunicativas, problemas de planteamientos técnicos, el problema de la inspiración, y cosas de este tipo. Sólo Enrique Badosa sale con una afirmación sorpresiva, una vez que ha desentrañado el proceso creativo: «Ah. La mayor parte de mis poemas los he escrito caminando incluso por las calles de la ciudad» (p. 69).

⁵⁴ LANGACKER, *op. cit.*, p. 39. La traducción es mía.

⁵⁵ Gilles FAUCONNIER, *Espaces mentaux. Aspects de la construction du sens dans les langues naturelles*, Paris, Minuit, 1984.

obra será la que nos indicará cómo se llena esa plantilla, es decir: qué información debemos procesar y en qué grado, y de ello surgirá el efecto que la comunicación quiera producir en nosotros. Así, pues, tenemos que imaginarnos nuestro acercamiento a la obra literaria como una serie de huecos informativos que debemos llenar con la información semántica que nos proporciona el texto, y de ese llenado y contraste con nuestras expectativas surgirá la interpretación pragmática, o mejor dicho, la interpretación pragmática es ya esa forma de llenar los huecos a partir de la información semántica del texto. De una manera un tanto provisional, podemos decir que estos huecos corresponden a los participantes en la comunicación: quién habla, a quién se habla y de quién se habla; al lugar y al tiempo en que se desarrolla la comunicación con toda la información contextual que sea necesaria para su procesamiento, y al tema del que se habla (tema en el sentido lingüístico, a partir de qué se habla, y no «significado» de la obra). Las posibilidades significativas surgen de las distintas maneras de llenar estos huecos, pues pueden darse los siguientes casos:

- 1) que se queden vacíos, es decir que la información semántica que dé el texto con respecto a las personas o los lugares o tiempos sea cero (no aparece un 'yo' o un 'tú' o un 'aquí' explícitos en el texto). La eliminación de toda marca indica el grado máximo de abstracción en la enunciación. Se intenta así que las expectativas del lector no tengan ningún apoyo en marcas semánticas del texto. Más que de vacío se puede hablar en realidad, en este caso, de plasmaciones negativas, pues no se puede soslayar la existencia de un emisor dirigiéndose a un receptor, desde el momento en que asistimos a un acto comunicativo;
- 2) que los huecos se llenen sólo con un término deíctico ('yo', 'tú', 'aquí') sin más especificación. En este caso estamos ante el nivel mínimo de información requerido por el acto comunicativo. La negativa a identificar los papeles o elementos situacionales de manera más extensa hace que por defecto se interpreten estos deícticos como correspondientes al prototipo de la escritura: 'yo' es el escritor, 'tú' el lector, 'aquí' el lugar desde el que se escribe, sean cuales sean las identidades reales de estas entidades. No obstante son muy raros los casos de aparición de puros deícticos, pues siempre habrá información semántica en el texto que arroje alguna descripción de estos elementos. Como veíamos antes en la distinción que hace Lyons entre deixis pura e impura, los pronombres mismos contienen en ocasiones información de carácter semántico y no puramente mostrativa;
- 3) que se llenen con un nombre propio, lo cual establece o presupone, según los casos, un conocimiento no puramente lingüístico compar-

tido con el lector. Es el nivel en que comienza a haber información en sentido estricto. Decir 'yo' puede incluir a cualquiera, pero identificar a alguien con un nombre propio significa referirse a una persona concreta (sea conocida o no por el lector) y significa sobre todo que las expectativas abstractas pueden empezar a cotejarse con la información semántica;

- 4) que se llenen con una descripción más o menos amplia (el enamorado, la amada, el guerrero, el hombre corriente...). Constituye un caso intermedio entre el uso del deíctico y del nombre propio, pues una descripción incluye algo de la abstracción del deíctico (aquí expresado en forma de tipicidad) y simultáneamente algo de la información del nombre propio (sin llegar a la identificación total).

En otro nivel, tenemos la información explícita que se da en forma de marcadores discursivos que indican cómo debemos leer el texto: como una canción, como poesía, como un ruego, etc. Incluso la información puede venir dada por las inferencias semánticas que se hagan dentro del texto. Por ejemplo, el que habla puede ser definido como «pastor» o «noble» por el tipo de léxico o el dialecto que emplea.

Veamos un ejemplo práctico de cómo produce significado el procesamiento de esta información, y para ello tomo el soneto de Góngora, «A Córdoba». El deíctico fundamental «yo», que organiza todas las relaciones, aparece de manera explícita y se acompaña, además, de una descripción: se nos dice que es de la ciudad que alaba y que está lejos de ella. El hecho de que alguien alabe su propia ciudad no deja de ser típico y de tratarse de una relación normal. Lo que particularizaría el caso es que el 'yo' diera el nombre propio de la ciudad para que como tal fuera reconocida por el lector. Sin embargo, esta ciudad nunca es identificada ni nombrada (excepto en el título, que no nos sirve por ser marca paratextual), sino que aparece a su vez descrita en sus elementos dignos de alabanza. Esta larga perífrasis no destaca, sin embargo, más que los elementos tópicos que habitualmente recomiendan los tratados retóricos de la época para la alabanza de ciudades, con lo cual se pretende seguir manteniendo el carácter típico y abstracto de la relación «yo, que añora su ciudad»-«alabanza de la ciudad». No obstante, se intenta una identificación al referirse al río que la atraviesa como «gran rey de Andalucía», donde de nuevo se está evitando el nombre propio (Guadalquivir), pero esta vez no en un sentido tópico, ya que el autor introduce una novedad y una ruptura de lo prototípico al hacer que el río sea «rey» (aprovechando además una paronomasia) y que además sus arenas no sean de oro, como se espera de las alabanzas de ríos, lo que nos lleva a un plano más cercano y más realista, a algo perfectamente definido en la mente del hablante, pero cuya identificación final se niega al lector. Como la identificación del lugar redundaba en la identifica-

ción del 'yo' cuya descripción incluye el ser nacido en la ciudad en cuestión, lo que hace Góngora, en cuanto escritor, es jugar a identificarse y a no identificarse, a poner en primer plano (y este es un concepto importante en el marco de la gramática cognitiva) la relación del hablante (cualquier hablante) con su ciudad natal de la que está ausente y no tanto la relación del hablante poético con el 'yo' real identificado de Góngora. En el mismo sentido va el hecho de que el poeta elija (para el papel del 'tú') como interlocutora a la propia ciudad y no una entidad que de manera más típica se esperaría desde un punto de vista comunicativo: una persona, y en particular el lector que es a quien va dirigida en realidad la alabanza. Ello refuerza la idea de poner en primer plano la relación 'hablante-ciudad' frente a la más personalista 'autor-receptor', además de generar un espacio poco típico de comunicación, que se recoge tradicionalmente bajo la denominación de la figura del apóstrofe. Y lo mismo se puede decir de la información por lo que respecta a la situación espacio-temporal de la enunciación. No hay ningún 'aquí' y 'ahora' explícitos, lo que redundará en el carácter abstracto y universal de la relación «hablante-ciudad»; y sólo el lugar de contraste «Granada» viene bien identificado por ser la única ciudad que atraviesan el Genil y el Darro. En definitiva, la caracterización negativa del lugar desde el que se habla: no es Granada ni es Córdoba, crea muy efectivamente el lugar y el tiempo de la ausencia desde el que se puede enunciar la añoranza como sentimiento universal.

Esta manera de enfocar la interpretación poética como los distintos modos de procesamiento de la información que se nos da nos ofrece una perspectiva nueva y posiblemente más completa sobre algunas técnicas literarias concretas. No me referiré aquí a la metáfora, pues ya se ha señalado la cantidad de estudios que hay sobre ella, pero sí quiero llamar la atención sobre otras técnicas como la perífrasis, que hay que plantear como un fenómeno de categorización, lo mismo que las formulaciones fosilizadas, que se convierten en tópicos poéticos, y que podían plantearse como casos de gramaticalización (otro de los elementos fundamentales en la gramática cognitiva⁵⁶) en la gramática particular de los discursos poéticos de una época. Por ejemplo, en la canción de Góngora «¡Qué de invidiosos montes levantados!», en su cuarta estrofa nos encontramos con una serie de metáforas fosilizadas que comparan a la amada con Venus y al amante con Marte o Adonis:

Tarde batiste la invidiosa pluma,
que en sabrosa fatiga
vieras (muerta la voz, suelto el cabello)

⁵⁶ Bernd HEINE, Ulrike CLAUDI and Friederike HÜNNEMEYER, *Grammaticalization. A conceptual framework*, Chicago/London, University of Chicago, 1991; Paul J. HOPPER, Elizabeth CLOSS TRAUGOTT, *Grammaticalization*, Cambridge University Press, 1993.

la blanca hija de la blanca espuma,
no sé si en brazos diga
de un fiero Marte, o de un Adonis bello (...);⁵⁷

Todos estos términos mitológicos se han gramaticalizado poéticamente para referirse, en un sentido hiperbólico, a tipos de personas: una mujer bella, un joven bello o un hombre valiente. La gramaticalización en este sentido es un proceso paralelo a lo que ocurre en el lenguaje diario, y lo que se plantea en poesía, a la luz de una perspectiva cognitiva, es cómo se ha producido esa gramaticalización y las distintas implicaciones en el significado que tiene el uso de una figura gramaticalizada o su correspondiente descripción extensa.

No voy a entrar a tratar el problema de cómo se ha creado la gramaticalización de estos términos porque se trata de ejemplos sencillos de antonomasia, pero sí me interesa aquí destacar cómo actúa Góngora en su uso particular en este caso. Para empezar, si alguien no conociera la equivalencia entre «Venus» y «mujer bella» se le podría explicar, como se hace en el lenguaje diario cuando alguien desconoce el significado de una palabra. Es una operación que consiste simplemente en aplicar un significado social a un término. Ahora bien, una vez que la equivalencia ha sido establecida, ¿cómo actúa el emisor? En primer lugar, Góngora no dice «Venus» sino que usa una perífrasis: «la blanca hija de la blanca espuma», con lo cual aprovecha, a la vez que rompe, la gramaticalización, pues el poeta obliga al lector a fijarse en uno de los atributos de Venus y a resaltarlo: su blancura, deshaciendo así el automatismo de la asignación «Venus-belleza». Pero hay más, porque el lector que no conozca el mito que hay debajo de esta nominación podrá representarse simplemente «la blanca hija de la blanca espuma» como un ser sin identificar y que posee una blancura hiperbólica, además de la connotación de «suavidad» que lleva el término «espuma». Su conocimiento meramente lingüístico serviría a los fines comunicativos, y lo que estaría haciendo al fin y al cabo, y sin saberlo, sería reconstruir la etimología original de «Afrodita» («nacida de la espuma»). Igualmente, conocer la relación que Venus tuvo con Marte y con Adonis es una explicación externa que se debe dar al lector no ducho en mitología. Pero incluso falto de esa explicación, el hecho de que la bella y blanca dama se una a un hombre joven y bello o a un aguerrido guerrero no deja de tener su sentido en sí mismo, independientemente de que exista una historia mitológica que lo justifique. Se puede decir, incluso, que el nacimiento de la historia mitológica aprovecha esa situación razonable y típica. Lo que no puede pasar inadvertido al lector es que una sola persona (el amante masculino) sea asimilado a dos identidades: Marte y Adonis, y

⁵⁷ Cito por Luis DE GÓNGORA, *Obras Completas, I*, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2000, núm. 119 (pp. 182-183).

aquí sí que resalta la categorización como tópico y denominación convencionalizada, reforzada incluso por los epítetos esperados que usa el poeta: «fiero Marte» y «Adonis bello» (rota en parte su rigidez por el uso de la estructura en quiasmo). En consecuencia, el lector tendrá claro que frente al atributo novedoso de la protagonista femenina el autor quiere situar como algo estereotipado al otro participante, rebajándolo en el nivel informativo, además de hacerlo doble, dividiendo y escindiendo su personalidad, esto es, haciéndolo menos perfecto. Esto está en perfecta sintonía con el resto del poema, ya que el 'yo' que habla es el amante frustrado que contempla (o se imagina), entre maravillado y celoso, la unión amorosa de su amada y el rival. En otro plano, para un lector versado en mitología, la exposición a los ojos públicos de la escena amorosa tiene un referente claro en la trampa urdida por Vulcano (marido celoso) para atrapar a Venus y Marte en una red y hacerlos así objeto de vergüenza pública. Pero nuevamente un lector ajeno a esta lectura seguirá percibiendo la vacilación entre admiración y amargura que se desprende de estas categorizaciones, sin necesidad de más información. Se puede aventurar, incluso, que la interpretación que haría el versado en mitología no armonizaría del todo con la intención del texto (aunque estaría autorizada por el código mitológico seguido), pues supondría representar al 'yo' como un ser deforme (Vulcano era cojo y feo) e introduciría un sentido de deshonra y de vergüenza que no creo que se pretenda fomentar como lectura apropiada de este delicado poema. Con ello vemos que los conocimientos extra-textuales para producir significado están en el fondo presupuestos en la base de creación de la convencionalización, y lo único que hace la producción de sentido lingüístico es reproducir el proceso de creación de tal convención y asumir el conocimiento extra-textual que ésta conlleva.

Pasando a otro nivel más global, la noción de prototipicidad nos permitiría distinguir entre textos prototípicamente literarios o no, según explica Zwaan, el cual establece grados de tipicidad en lo que respecta a los géneros literarios, rompiendo así la necesidad de establecer una barrera rígida que distinga lo literario de lo no literario. Según esto, los lectores juzgarán un poema como más típicamente lírico que otro, una novela como más típicamente novelesca que otra, etc. Este concepto de prototipicidad literaria haría desechar definitivamente la idea de que toda interpretación literaria sea producto exclusivo de convenciones: «Aunque las teorías en favor de las convenciones interpretativas pueden explicar los 'efectos de-arriba-abajo', no pueden explicar los 'efectos de-abajo-arriba' ni los efectos prototípicos: *algunos textos son más fácilmente percibidos como literarios que otros*, y *algunos textos literarios son percibidos como más literarios que otros*»⁵⁸. Las interpretaciones mismas de los textos literarios pueden

⁵⁸ ZWAAN, *op. cit.*, p. 11. La traducción es mía, la cursiva es del original.

dividirse entre prototípicamente pragmáticas o convencionalistas y prototípicamente semánticas o textualistas, hecho que responde a la existencia de poemas que requieren para su comprensión gran cantidad de información extra-textual mientras que otros son enteramente comprensibles a través de su contenido puramente semántico. No obstante, siempre hay que tener en cuenta que la interactuación entre ambos niveles es un requisito necesario para desentrañar el significado de la obra literaria, y que en definitiva las convenciones o elementos extratextuales no son otra cosa que la gramaticalización o semantización de operaciones cognitivas que están también en la base del funcionamiento del lenguaje, entendido en un sentido habitual y cotidiano, según se acaba de señalar a propósito del ejemplo gongorino.

Concluyo. He pretendido en este artículo recordar algunos de los caminos por los que puede transitar un estudio cognitivo de la literatura, y en particular de la poesía lírica. Me parece el más prometedor el que deriva de una aplicación de los principios de la lingüística cognitiva a las obras literarias. La novedad y la principal ventaja que presenta la gramática cognitiva es la de dar cuenta de cómo la comprensión lingüística debe bastar en principio para la comprensión de una obra literaria, al romper la barrera entre semántica y pragmática, texto y convención, y procesos lingüísticos y el resto de los procesos psicológicos. Mientras que los estudios literarios se han fijado tradicionalmente en el lector experto, familiarizado con las convenciones literarias, la perspectiva cognitiva al centrar su atención en procesos básicos de comprensión explicaría la capacidad de interpretación del lector medio, que casi siempre ha sido desdeñada en estos estudios. Por otra parte, la perspectiva cognitiva daría cuenta de la función de la literatura en la estructura psíquica total del individuo, es decir, indagaría qué efectos cognitivos y emocionales produce el discurso considerado literario frente a otros, lo que nos daría alguna clave sobre el «origen» de la literatura y su función en nuestro desarrollo como seres humanos.